

Palabras para un amigo

El triste día

Carlos Ernesto Castillo Lasso

Cali, Enero 18 de 2014

Todo empezó con una llamada a las 7:49 de la mañana. Yo tenía la resaca del día anterior y no quise contestar. Por lo tanto, para que no me molestaran más, puse mi celular en silencio. No quería ser interrumpido de ese sueño inútil que no servía para sacarme los litros de alcohol que había ingresado a mi cuerpo la noche anterior. Y como una señal divina, hubo un sol que penetró las maderas de mi persiana, un calor que ni el aire podía opacar. Mi garganta se secó tanto que salí de mi cuarto a beber un poco de agua. Recuerdo mucho que ese día, no tomé un vaso sino que agarré la jarra pues estaba solo en mi casa y nadie me regañaría.

Cuando volví a mi cuarto, vi que tenía treinta y siete llamadas perdidas. De inmediato, me asuste. Le escribí a cada uno de los que me habían llamado preguntándoles qué pasó. Garzón fue el primero en responder. Recuerdo muy bien que me dijo “ya te llamo”. A continuación, vino una serie de palpitaciones seguidas por el suspenso de la llamada, dejé que el teléfono sonara una vez pues no aguantaba las ganas de saber qué era lo que había ocurrido.

- “Perro... Se murió Ruiz”

Por el estupor de la situación y el calor infernal de la mañana, el metabolismo de mi cuerpo cambió, de inmediato. Mis pupilas se abrieron para ver más y el alcohol que dominaba mi sangre parecía que se evaporaba en una milésima de segundo. - “Calláte mentiroso, pásamelo”, dije. Con el llanto, el sollozo y el nudo en la garganta, me dijo:

- “Es en serio. Se mató viniendo de Rozo. Hubo un silencio seguido con pedazos infinitos de lágrimas y dolor. Le gritaba a Garzón por el teléfono, “No puede ser, calláte, no puede estar pasando, mi negro no puede estar muerto, no, no, no”. El silencio de Garzón era eterno y el llanto incontrolable.

En ese momento, mi madre abrió la puerta y me vio tirado en el piso. Soltó todo lo que tenía en las manos, dejando quebrar un jarrón que había comprado. Luego, como en una novela mexicana, me desmayé. Mi conciencia no me daba para nada. No quería estar ahí. Cuando recobré la conciencia, me bañé y llamé a todo el mundo. No lo creía. Pensé que era un mal sueño o un castigo divino por haber tomado la noche anterior y no haber invitado a Ruiz. Me sentía mal. Culpable de todo. Llegamos con mi madre a la casa de mi negro. Era una verdad absoluta. Ruiz había muerto. Podía verlo en cada una de las caras de quienes estaban allí.

Nunca te olvidaré, fuiste y seremos mejores amigos, lo sé. Te extraño con toda el alma y sé que algún día, nos reuniremos para burlarnos de lo feo que nos veíamos llorando por vos. Te quiero mi negro, mucho, mucho.

Q.E.P.D JUAN SEBASTIAN RUIZ OTERO